

EXAMEN DE LIBROS

Jacquelyn M. GAINES, *Three Centuries of Mexican Documents. A Partial Calendar of the Regla Papers*. Washington State University, 1963, 124 pp., ilus.

Catálogo descriptivo del archivo de los Condes de Regla. Fue adquirido en 1942 por el finado John Horace Nune-maker para la Biblioteca de la Washington State University. Los documentos han sido ordenados y revisados por Jacquelyn M. Gaines. Son sumamente útiles para el estudio de la historia social y económica colonial. Van de 1546 a 1866. La mayor parte pertenecen al siglo xvii. Comprenden documentos legales como certificados de bautismos, matrimonios, testamentos, escrituras de compra-venta, alquileres e hipotecas. Inventarios de muebles, joyas, tapices, ropas. Creación de mayorazgos. Informes de mayordomos y administradores de haciendas y, relativas al siglo xviii, numerosas cartas informando de los progresos de las siembras, las cosechas, el precio de los granos, las plagas, estado del ganado. Aunque los documentos atañen principalmente a la familia Romero de Terreros, hay muchos otros de familias emparentadas con ella.

María del Carmen VELAZQUEZ
El Colegio de México

Francisco CERVANTES DE SALAZAR, *México en 1554 y Túmulo Imperial*. Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman, "Sepan Cuántos" Núm. 25, Editorial Porrúa, S. A., México, 1963.

A quienes se interesen por conocer los testimonios de la vida en la Nueva España, cuando la nacionalidad se estaba haciendo, estas dos obras de Cervantes de Salazar proporcionarán datos para la historia y elementos para la reflexión. *El Túmulo Imperial de la Ciudad de México* no es otra cosa que la descripción de "la más fastuosa solemnidad pública" del siglo xvi, hecha con motivo de las exequias del Emperador Carlos v. Allí podemos descubrir "cómo, dice O'Gor-

man, vivieron nuestros antepasados, cuáles fueron sus sueños de ambición y gloria, cuál su ventura y desventura" (p. 176); además, exhibe materiales, singularmente valiosos, sobre la prosa y poesía latinas y sobre la concepción estética que prevalecieron a mediados de aquel siglo.

México en 1554 reproduce una celeberrima obra cuya traducción española nunca había aparecido completa: los siete Diálogos latinos que Cervantes de Salazar compuso siguiendo las normas de su maestro Luis Vives. Antes, el año de 1875, Joaquín García Icazbalceta publicó en texto bilingüe, el español frente al latino, los diálogos v, vi y vm, con ese mismo título tal vez porque describen las condiciones en que se encontraban, durante 1554, la Academia Mexicana, la Ciudad y el propio México. Sólo hasta 1949 aparece la versión de los diálogos i, ii, iii y iv, acerca de algunos juegos españoles, en la tesis para doctorado de Vicente Gaos (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México), la cual no llegó a las prensas, pero tiene ahora un lugar digno al incluirla O'Gorman después de la elegantísima de García Icazbalceta. Y un lustro más tarde, a los cuatrocientos años de la edición original, Juan de Dios Varela, desconociendo el trabajo de Gaos, hace una traducción de estos mismos diálogos, casi ignorada debido al carácter particular de la publicación y al corto número de ejemplares.

Por tales circunstancias el volumen de la serie "*Sepan Cuántos*" resulta un verdadero beneficio para los lectores. Sin embargo, debemos dolernos de que el respeto al valor histórico de la obra haya impedido darle su propio título. Cervantes de Salazar no la llamó como García Icazbalceta: *México en 1554*. Varios Diálogos añadidos a los de Luis Vives, Valenciano, sino simplemente: Varios Diálogos según la ejercitación de Luis Vives, Valenciano. Sucede que el bibliógrafo del xix toma en cuenta el lugar físico donde aparecieron los Diálogos, en seguida de los Comentarios del mismo Cervantes a las Ejercitaciones de Vives, y no la idea fundamental de que estaban hechos conforme al método de ejercitación viva, aplicado a un idioma en parte moribundo. Que esta haya sido la intención del autor se prueba con el rubro superior que lleva en cada página la edición original: Ad exercitacionem linguae latinae Dialogi (Diálogos para la ejercitación de la lengua latina).

Otra bondad ha de añadirse a la edición de O'Gorman, pues supera lo que parecía imposible: el acopio de documentos y escritos de Cervantes, la abundancia de notas, los múltiples datos sobre aquellos tiempos, conque García Icaz-

balceta enriquece su traducción. Si a los diálogos que describen los juegos españoles parecen faltar referencias, en cambio los relativos a México llevan 226 anotaciones y éstas nutren 51 páginas de letra minúscula. Los libros consultados son un poco más de 200. El que a veces es tenido por un historiador que concibe a su arte como interpretación de hechos, sin el apoyo de testimonios, enseña, también a propósito de Cervantes, el modo de hacer un trabajo serio en historia. Corrige y adiciona al venerable Icazbalceta, desmiente al mismo autor, arroja nuevas luces sobre la Universalidad, sobre la metrópoli mexicana y sobre el itinerario fingido de los dialogantes. No temo, pues, decir que en adelante la edición clásica, aquella a la cual volverán todos, habrá de ser la de O'Gorman, crítica, a pesar de haber salido en una serie popular.

Algo sobre las traducciones. Desde luego que sería irreverencia grande tocar groseramente lo que dejó el bibliógrafo del XIX. Su texto corre límpido, con un español de señorío, con una galanura, una claridad y una fuerza expresiva que no podrán ser igualadas por otro traductor. Pero es natural que corresponda al gusto y a las inclinaciones de la época, de algún modo distintas a los criterios actuales. "Errores de importancia", como afirma Icazbalceta, no existen; en cambio pueden señalarse numerosos textos donde se desprende del original para traducir simplemente las ideas, lo que le permite aligerar las expresiones, a veces más fuertes y más significativas, del latín. Esta libertad ocasiona cierta infidelidad, porque no se trasladan algunos matices importantes. Un ejemplo de imprecisión pueden ser las palabras de Zamora (p. 63): "Una sola puerta da paso a la fuente, y árboles altos y copados sombrean la entrada. Y para que no caigan dentro las piedras y peñascos, las basuras e inmundicias que puedan bajar del cerro cercano, está el manantial rodeado de una alta tapia. Entra, y siéntate en el poyo, para que examines mejor todo". Cuando Cervantes dice así: la entrada a la fuente es oscura debido a los árboles altos y copados, y solamente una puerta se abre hacia el agua misma. Y para que del cerro cercano no caigan en la fuente piedras y peñascos, inmundicias y basuras, está rodeada de una alta tapia. Entra ya y siéntate en el poyo para que examines mejor todo.

El propio editor de los diálogos traducidos por Vicente Gao advierte que no se trata de un texto pulido. Algunos pasajes ciertamente exigen una revisión. Vaya una muestra (pág. 137): "*Morales*. Bueno, pero como hay varios tipos de salto, di a cuál quieres que juguemos: si sobre un solo pie

y con el otro en alto, o a pies juntos. *Mata*. A pies juntos será menos peligroso. Pero, fija las reglas de la partida: ¿saltamos de frente, de espaldas, de través, y a un solo salto cada vez o a varios?" El español corre ágil, pero no reproduce las expresiones del original y cambia algo su sentido. Compárese con una versión más apegada a la letra y al espíritu de Cervantes: *Morales*. Además, como hay varios tipos de salto, pues suelen hacerse o con una sola pierna, encogida la otra, o con los pies juntos, aclara con cuál quieres contender. *Mata*. Con las dos piernas será menos peligroso. Pero determina, lo que también atañe a las reglas de la partida, si, puestos de frente, o de espaldas o de través, saltamos ya de un solo salto, ya de varios seguidos.

El volumen da margen para otras consideraciones más valiosas desde el punto de vista de la historia. En primer lugar el juicio sobre Cervantes. Más que una contribución a la biografía, presenta O'Gorman en las breves páginas del prólogo la imagen espiritual del autor. A los datos conocidos agrega una interpretación que vuelve comprensible el personaje. No es un "aldeano", sino un discípulo de Alejo Venegas y un buen representante de la Escuela de Vives el que trae a México el humanismo moralizador de Europa. "Producto no muy sincero, pero tampoco despreciable del humanismo renacentista que se puso en boga en un sector de la vida intelectual española." Vinculado a la Universidad como alumno, maestro y rector, viene a ser también una prueba del conflicto, que experimentaron los hombres de entonces, entre una concepción moderna y el ambiente social de orígenes antiguos. Por una parte, "trajo a México con su persona, quizá en mayor grado de pureza que ningún otro, el nuevo hombre europeo: el seglar culto; el laico poseedor de la dorada llave de los idiomas muertos; el perito por igual en textos sagrados y profanos". Y, por otra, ilustra al renacentista que congrega en un solo sujeto el amor de Cristo y el de los paganos; sacerdote y a la vez "enemigo de los libros de caballería y del ideal monástico"; anticlerical, pues, "que repugna de los deberes de campanilla y que duda de la eficacia del esplendor del culto, pero lleno de pretensiones éticas y reformistas un tanto benévolas a darle al cuerpo lo que es del cuerpo" (p. xn). Queda así trazado el perfil del hombre colonial. Cuando se olvida, con dificultad pueden comprenderse los hechos y las corrientes espirituales de la historia mexicana.

En segundo lugar cabe insistir en la significación de los Diálogos. Ciertamente su autor se propone con ellos impri-

mir, como dice Juan Pablos, algo que fuese “de provecho para las buenas letras” y “también útil a los escolares”. Su naturaleza pedagógica es clara, por lo cual habrá de ser inútil compararlos con las creaciones romanas y aun con la prosa latina del Renacimiento. Deben ser tenidos, y nada más, por un conjunto de ejercitaciones para aprendices de gramática, según Cervantes asegura de sí mismo: es “uno de nuestros profesores, que... procura que los jóvenes mexicanos salgan eruditos y elocuentes, para que nuestra ilustre tierra no quede en la obscuridad por falta de escritores, de que hasta ahora había carecido” (p. 63). Pero, sobre este propósito, tiene otro que busca con parecido afán: mostrar por medio de una lengua, la latina, común entonces a todas las naciones, la “grandeza y majestad” de la urbe novohispana, a la que consideraba símbolo de “nuestra tierra” (p. 63), un mundo no sólo con vida propia, similar a la española, sino diferente, autónoma. “Describíle, interior y exteriormente en latín en unos *Diálogos* que añadí a los de Luis Vives, por parecerme que era razón que, pues yo era morador de esta insigne ciudad y catedrático en su Universidad, y la lengua latina tan común a todas las naciones, supiesen primero de mí que de otro la grandeza y majestad suya.” (*Crónica de Nueva España*, p. 167). Costumbres, usos, edificios, rasgos psicológicos, ocupaciones, personas y objetos, van desfilando en imágenes que recuerdan a cada momento las glorias de la antigüedad. Uno acaba por adquirir, con la lectura, la certeza de que el Nuevo Mundo estaba constituido ya por hombres que veían la cultura desde miradores universales y, al mismo tiempo, desde la nación propia.

Aunque es preciso decir que su cosmovisión pertenece al vencedor que inicia una idea parcial de la nacionalidad, pues el indígena no es de ninguna manera un tema vivo, que suscite cuestiones o que haga ampliar los horizontes del pensamiento de ultramar. Está convertido en objeto de etnografía y, cuando aparece, se le pinta lleno de trabajos, menesteroso, sucio y sin la gloria pretérita (pp. 22, 51, 63, 65, 170). Humanista ciego a los clamores humanos de Vasco de Quiroga, Las Casas y Zumárraga, no comprende el pasado preespañol. Antes dominan la incultura, las tinieblas de la idolatría, los sacrificios abominables (p. 203). Todo lo cual le sirve bien para legitimar la conquista: “¡Oh y cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad!” Sin embargo, no deja de asomar el sentimiento de gloria

nacional que provoca la raza dominada, cuya descendencia, a pesar de que no constituye la Ciudad, aparece en el mercado, en las canoas, en los suburbios. "¡Qué gran número de indios de todas clases y edades acude aquí, dice alborozado, para comprar y vender! ¡Qué orden guardan los vendedores, y cuántas cosas tienen, que nunca vi vender en otra parte!" (p. 52). El europeo renacentista redescubre igualmente el Mundo nuevo al encontrar medicinas desconocidas por Hipócrates, Avicena, Dioscórides y Galeno, o al numerar con palabras latinas los frutos de la tierra: "ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, jicamas, cacomites, mezquites, tunas, gilotes, xocotes y otras producciones de esta clase", como el maguey que "sirve para tantos usos y tan importantes, que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos" (p. 53). Igual admiración le causan los indios que aprenden a hablar y escribir latín, sobre todo el maestro autóctono de la lengua llamada sabia, Antonio Valeriano, "en nada inferior a nuestros gramáticos" (p. 55). Lo que no es un obstáculo para que más tarde, en la *Crónica de Nueva España*, repita su opinión de que son ineptos, añadiendo que saben gramática "aunque no hay para qué, porque por su incapacidad no pueden ni deben ser ordenados, y fuera de aquel recogimiento no usan bien lo que saben" (p. 170). Declaración contradictoria sin duda, mas índice de cómo germinaba el ser nacional y cómo se ponían ya los términos opuestos por donde después iban a oscilar las ideas o las actitudes.

Cervantes de Salazar comienza el tema mexicano con la descripción de la vida académica. La profluencia de estudios, de cátedras, de colegios, todo concurre a perfilar un ambiente letrado, profundamente culto, pese a que la Universidad acaba de erigirse en una región bárbara. Principalmente la calidad de los profesores, las ciencias que se imparten conforme a los estatutos de Salamanca, hacen decir que la Nueva España habrá de ser célebre entre las naciones, no por la abundancia de plata, sino por perfección de sus sabios (p. 27). Reitera tanto "el mucho ejercicio de letras" y la multitud de hombres doctos, que cualquiera capta su intención: probar que el saber europeo estaba naturalizado, que los profesores eran tan versadísimos, como los había pocos en España, y que sus conocimientos debían considerarse nada vulgares. Existe, pues, una sensación, con todo lo hiperbólica que se quiera, de que la Nueva España había sobrepasado, con sus Colegios y Universidad, las mejores instituciones de la Metrópoli: "Hay en esta naciente escuela profesores

sabios e insignes, todos muy capaces de desempeñar con grandes frutos su cargo en cualquier otra Universidad de las más antiguas y famosas" (p. 22).

La Ciudad misma, a la que llama "insigne" (p. 41), "toda bella y famosa" (p. 48), es motivo de iguales elogios. Las calles tienen un completo orden (p. 41). Las casas son sólidas y hechas a gran costo (p. 42). La Vía Apia no fue tan concurrida como la Calzada de Tacuba (p. 61). El templo de San Agustín es de tal mérito y fama, "que con toda justicia podrá contarse por la octava maravilla del mundo" (p. 56). Todo resulta mayor, todo es juzgado grandioso, comparable por lo menos con la vieja España. Ni la muchedumbre de los portales de Corinto, de Pompeyo, de Claudio y Livio, igualan a los paseantes de México (p. 45); la fuente de Chapultepec es superior a la de Cabura, Cifusa, Aganipe, "tan celebradas por los escritores" (p. 63). No recuerda, ni cree que en ambos Continentes pueda encontrarse cosa parecida a la plaza (p. 43). En las tiendas existe, reunido, "cuanto hay de notable en el mundo entero" (p. 44). Como la Ciudad sobresale en belleza, le aplica lo que Cicerón escribió del Asia: "Aventaja sin disputa a todas las naciones del mundo, en la fertilidad de su suelo, en la variedad de sus productos, en la extensión de sus pastos y en el gran número de géneros de contratación" (p. 67).

Renacentistas al fin y al cabo, los Diálogos ayudan a contemplar la admirable variedad de la natura. Aquí se vuelven "creíbles" las maravillas de la antigüedad, que fueron tenidas por "portentosas o fabulosas" (p. 54). La novedad de las tierras recién descubiertas lo incita a nombrar frutos siempre distintos. Se complace también en referirse a las peregrinas producciones: son tantas, "que ni Plinio ni Aristóteles pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza" (p. 54).

Por significativos que pudiesen ser estos datos para la formación de la conciencia nacional, más importante resulta la intención del autor. Su empeño consiste en señalar a los europeos, por una parte, que la ignorancia del Nuevo Mundo, atribuible a las tinieblas de los indios idólatras, se disipa con la luz renacentista; por otra, que donde impera la codicia y la riqueza, hay hombres que persiguen cosas valiosas, incitados sólo por el saber. Concibe la existencia dentro de un marco griego o romano. La sabiduría de los maestros es la griega, la ciudad, el palacio, las calles son comparadas a Roma y tienen allí su modelo. Las columnas del Real Palacio son redondas "porque Vitruvio no recomienda las

cuadradas" (p. 43). Aristóteles, Catón, Varrón, Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Marcial, Plinio, Macrobio son las autoridades que proporcionan o la reminiscencia, o la cita oportuna, o el lenguaje apto para contar las maravillas. La alusión, las comparaciones grecolatinas surgen a torrentes. El propio latín de Luis Vives se amplía describiendo las novedades y nombrando objetos americanos. Y todo esto con el afán, bien notorio en los Diálogos, de ponernos a la par con la época moderna. De tal modo anhela su autor dar un Renacimiento a la Nueva España, que no sólo hace renacentistas a la Ciudad y la cultura, sino separa a los hombres, a quienes llegan de España y a quienes habitan ya las tierras maravillosas, en dos clases: unos, dominados por la "codicia" "los placeres" y "la opulencia"; otros, "aquellos que estiman las cosas en lo que realmente valen, y no toman las viles por preciosas, ni al contrario", están vencidos por la sabiduría, es decir, por los ideales del mundo moderno. A ellos, entre los cuales se cuenta él mismo, los trajo, "con tanto peligro (del inmenso Océano)" "el deseo de ver cosas nuevas", esa inclinación "innata e irresistible a adquirir sabiduría" que es natural al ser humano, según la tesis de los griegos (pp. 21-2).

De esta manera Cervantes de Salazar crea una imagen moderna, renacentista, de México. O al revés, el hombre nuevo venido de Europa encuentra una realidad como la soñara el Renacimiento: culta, afanosa de la sabiduría, hecha conforme a los moldes grecolatinos, grande, rica y perfecta cual ninguna. En verdad el estudioso de nuestros días puede ver que la descripción del México interior y exterior de Cervantes significa la descripción de una ciudad, o un país, donde se cumple cabalmente la utopía europea. "Es cosa cierta, pues dello hay tantos testigos de vista, que como en su gentilidad la Ciudad de México era cabeza de este nuevo Mundo, así lo es ahora" merecidamente "por las partes y calidades que tiene, las cuales en pocos pueblos... concurren como en éste" (*Crónica de Nueva España*, p. 167). Los ojos del Renacimiento, que buscan belleza, variedad y proporción, se transportan extasiados a las latitudes americanas, porque "ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos", de manera que "puede decirse de México lo que los griegos dicen del hombre, llamándolo microcosmos" (p. 65).

Los Diálogos, pues, lo mismo que los capítulos de la *Crónica* (apéndice segundo del volumen), constituyen documentos de suma importancia para conocer el clima espiritual, y más que nada, la concepción de la tierra nueva. Las

cosas son de esta manera, cuanto la idea que aquellos hombres tuvieron de sí no quedó limitada a los confines estrechos de una nacionalidad con clausura. Primero el Renacimiento proporciona categorías que establecen la imagen; pero después, cuando ésta ha sido ajustada en todo a la visión renacentista, es propuesta a la consideración de todos los hombres. La obra de Cervantes asegura así dos cosas: la constitución de una historia propia y un sitio para México en la historia universal.

Lo que sería indudablemente provechoso en todos los puntos, si los Diálogos no fuesen el tipo de un sentimiento épico que ha embargado la cultura patria. A partir del siglo xvi, en efecto, nuestra manera de existencia, el comportamiento habitual, consiste en erigir antes una grandeza para compararla en seguida con la cultura y la valía de los pueblos creadores. Muchos sucumbieron a la fuerza de la idea común. Otros alentaron largamente la desproporcionada imagen, como es el caso de Humboldt y su Ensayo Político sobre la Nueva España. Y unos terceros, empeñados en cerrar las fronteras espirituales a lo que no fuese mexicano, o solamente sensibles a las formas mexicanas, han promovido una corriente secular que nos hace inferiores. Claro que las situaciones concretas son cambiantes y adquieren peculiares matices. Pero Cervantes de Salazar es todavía ejemplo de cómo los caminos de la historia deben retrotraerse al pasado colonial para entendernos. En el fondo quedan enormes coincidencias, no tanto porque allí residan los orígenes, sino porque aun deseamos tener una participación en los hechos universales, mostrar que valemos, que somos llamados a ser grandes. De todos modos, cualquiera que sea el lado visto, la obra de Cervantes de Salazar enseña al desnudo la grandiosidad y la miseria de nuestro pueblo, no muy distintas, ciertamente, de las que exhiben ufanos, los demás.

Rafael MORENO

Universidad Nacional de México

Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Sección de Historia, México, 1962-1963.

Relativamente copiosa fue la cosecha del Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de In-